

ADAMASTOR

Emiliano Canto Mayén

Adamastor nada en las profundidades como una sombra submarina y, en forma de tiburón, ronda los muelles para seleccionar a sus víctimas. A veces, elige esos buques gigantescos, esas moles de metal que pocos astilleros en el mundo pueden ensamblar, navíos en los que viajan cientos, miles de pasajeros, pero el bocadillo favorito de Adamastor, el platillo que engulle con mayor deleite, son esas canoas diminutas, en las cuales apenas cabe uno o a lo mucho dos pescadores.

Algunos marineros antiguos dicen que Adamastor hunde a los botes de los pescadores que tienen esposas muy bellas y, por eso, algunos creen que luego de sus fechorías, visita el hogar de las viudas, vestido con un traje azul, cargado de mercancías como un comisionista de telas y aderezado con una barba acicalada, de señor respetable.

Así se cuenta que ocurrió con María, la mujer de Juanelo. Una madrugada se embarcó Juanelo en su diminuta canoa y salió a pescar camarón. Ya muy lejos de la costa, en el mejor lugar para atrapar a su presa, el día que prometía ser soleado se transformó en una turbonada. Se oscureció el cielo, aullaban los vientos y las olas, como si se derrumbara una alta montaña, cayeron sobre Juanelo e hicieron desaparecer su embarcación.

Semanas después, todos consideraban viuda a María, hasta ella misma, y el día que nada le quedaba para alimentar a sus muchos hijos —sabido es que las familias de los porteños, casi siempre son numerosas— tocó a la puerta un extranjero elegante, aderezado con un traje azul.

Supo de inmediato María que se trataba de Adamastor, así que ordenó a sus hijos que se marcharan al muelle a pedir noticias de su padre a los hombres que volvían de altamar. El desconocido, pensando que la viuda sería complaciente, le sonrió dejando ver sus colmillos de oro y, con paciencia, sacó de su equipaje varias cajas. Estos paquetes contenían infinidad de obsequios, regalos que parecían provenir de los tesoros de naufragios fabulosos, pues en estos estuches había dijes, monedas, gemas preciosas y crucifijos de ébano, marfil, jaspé y madreperla, dignos de una catedral.

El acento de Adamastor sonaba portugués y su cadencia tentadora metió gran miedo a María. Algo dentro de sí la

convenció de que si este monstruo irrumpía en su cuerpo, penetraría en su torrente sanguíneo una ponzoña capaz de secarla velozmente. Esta sospecha la llevó a resistirse y, en vano, Adamastor buscó engarzar en su melena un prendedor de rubís y colocar en su dedo un anillo de brillantes diamantinos.

Enfurecido, le gritó Adamastor: “¿¡Qué diablos es lo que quieres, mujer?!” Y María, en lugar de atemorizarse, pidió a su Juanelo de vuelta. Esta fue la única condición que puso y el dueño de todos los tesoros del profundo mar la creyó primero estúpida y luego loca. Pasados algunos minutos de insistencia, ante los ruegos y las lágrimas de María, el gigante, acaso conmovido, accedió y le dijo: “El mar escupirá a tu Juanelo y tus hijos lo traerán en unas horas, pero recuerda que aunque aquí veas que el mar está en calma, en otro rincón del mundo mil hombres se ahogan en ese mismo instante. ¡Porque Adamastor lo manda!”

Profirió este alarido el genio de las profundidades y, poco después, atravesaba la puerta Juanelo, empapado y entre los llantos de felicidad de su prole. En cuanto a María —un caballero no tiene memoria—, corresponde al lector decidir si cumplió o no con su parte del trato. Sólo conviene anotar aquí que, transcurridos nueve meses de la vuelta de Juanelo, nació Benjamín, el más afortunado y fundador de la dinastía naviera de los Morales. ■

Emiliano Canto Mayén (Mérida, 1983). Mexicano, licenciado en Ciencias Antropológicas por la Universidad Autónoma de Yucatán. Maestro en estudios regionales por el Instituto José María Luis Mora de la ciudad de México. Colaborador en la sección Cultura del periódico *Por Esto!* Ha publicado poemas y ensayos en las revistas culturales *Solaluna*, *Soma* y *Eureka*, entre otras. Fungió como director del Archivo Histórico de Mérida y secretario de la Comisión Municipal de los festejos del Bicentenario de la Independencia y del Centenario de la Revolución. Actualmente labora como profesor de la Licenciatura en Historia de la Facultad de Ciencias Antropológicas de la UADY y de la Escuela de Escritores del Estado de Yucatán “Leopoldo Peniche Vallado”.

